BAMBI

Bambi merecía ser querido. Porque era bueno. Era de esos perros que irradian bondad y te transmiten paz cuando te miran. Del color del cervatillo y tan cariñoso como él, resultaba irresistible. Parecía que sus dueños también lo querían, o por lo menos eso pensaba yo.

Lo conocí un día que lo trajeron a la peluquería. Aunque el pelo era corto, querían pelarlo y bañarlo, que pasara el verano fresquito y guapo. Me enamoré de él. Después de eso, estuve mucho tiempo sin verlo, puede que más de un año. Las vacunas no debían ser muy importantes para sus dueños.

Un buen día apareció por la clínica el dueño de Bambi, pero sin él. Venía a decirme que querían que lo sacrificara. Me quedé estupefacta. "¿Por qué?" –le pregunté.

- Pues resulta que va a venir mi hermana que vive fuera y ha tenido un bebé, y no queremos que el perro le haga nada.
- Pero no tiene porqué hacerle nada, si Bambi es un perro bueno y cariñoso
- Ya, pero igual tiene celos
- Pero eso no lo podéis saber; yo no lo voy a sacrificar por algo que no sabes si va a pasar.
- Es que es mayor y, además, lleva tiempo vomitando

Conforme avanzaba la conversación mi asombro iba en aumento.

- Mira, tráelo para ver lo de los vómitos. No te cobro la consulta, pero no veo razón para sacrificarlo.

Cuando comentaba el caso, algunos me decían: "Pues chica, mátalo, si no lo haces tú, lo hará otro y se ganará él el dinero".

¡Pero bueno! ¿Y mi conciencia? Yo era incapaz de sacrificar a un animal bueno y noble por unos hipotéticos celos. O porque vomitara, o porque fuera viejo si está sano. O porque a sus dueños les diera la gana o se quisieran ir de vacaciones (Como me ocurrió en otra ocasión.

Vino una persona para que sacrificara a su perro porque se quería ir de vacaciones. Le dije que no. "¿Y otro veterinario lo hará?" "Pues no sé, allá cada cual con su conciencia").

El caso es que a Bambi no lo trajeron para tratar sus vómitos y yo pensaba que otro veterinario menos escrupuloso lo había hecho pasar a mejor vida. Me daba mucha pena.

Bastante tiempo después, lo vi por la calle, paseando él solo como solía hacer. Los dueños le abrían la puerta, él se paseaba y cuando se cansaba volvía a casa ladrando para que le abrieran. Me llevé una alegría inmensa, me sentía orgullosa por no haberlo sacrificado, apreciaba a mis compañeros que tampoco lo habían hecho y me sentía reconciliada con el mundo en general.

Varios meses después de verlo, lo trajeron a la peluquería. Estaba sano, fuerte y tan bueno y cariñoso como siempre. Le compraron un collar, lo vacunaron… Yo estaba intrigadísima y no tuve más remedio que preguntar "¿Qué pasó con el bebé? ¿Tuvo celos?"

Cuando oí la respuesta me sentí más orgullosa de mí misma, de no haber hecho caso a la gente que valoraba más unos cuantos euros que la vida de un animal. Pensándolo fríamente, ese día habían invertido en Bambi más de lo que valía una eutanasia, así que encima salía ganando. Y aprendí una lección: siempre, por encima de todo, está mi conciencia, esa con la que tengo que convivir día a día y que se merece estar tranquila.

¿Sabéis cual fue su respuesta?

"¡Ah, no! Es que al final mi hermana no vino."

Sin comentarios.